

nuestra rudeza para salvar el trono de cualquier peligro que le amenace.

—¿Crees, Pelayo, que yo, que esos nobles que ahí yacen indolentes, no sacudiríamos el letargo á la vista del peligro, y leones indomables, venceríamos á quien se atreviese á insultarnos, volviendo cargados de laureles y gloria, á adormecernos al ruido de los festines?

—Permite que lo dude, primo mio.

Enfurecido el rey iba á contestar, cuando un ruido terrible se oyó en las puertas del palacio: el ruido creció, pasos de hombres armados se oyeron, y un guerrero cubierto de sangre y polvo se presentó en el régio salon.

—¿Quién eres, vasallo, para entrar de ese modo en mi palacio? dijo el rey adelantándose, seguido de Pelayo.

El recién llegado arrojó su casco, y quedó descubierto á la atónita vista de los nobles un semblante varonil, lleno de fiereza y energía.

—¿Teodomiro! gritaron todos.

—Si, Teodomiro, respondió el noble conde, que viene huyendo de los árabes á quienes villanamente el conde D. Julian ha franqueado el estrecho. Teodomiro, que ha visto caer á su lado la flor del ejército y que derrotado y herido ha volado á anunciaros que la nacion peligra, que el nombre de los godos se hundirá para siempre, si no atajamos el paso al vencedor, engreido con su primera victoria.

—¿Es cierto lo que dices, bravo Teodomiro! dijo D. Rodrigo pálido y fuera de sí.

—Mira esta sangre, rey, es sangre de los árabes: mira esta espada rota sobre sus acerados cascos, y ensangrentada hasta la cruz..... Ellas te confirman la verdad de mi triste anuncio.

—¿Maldicion sobre ellos! ¡Maldicion sobre el conde D. Julian! gritó el rey.

—Aun es tiempo: luchemos como valientes, exclamó Pelayo.

—Si, con hombres como tú y Teodomiro, nada temo..... ¡A las armas, mis nobles godos...! ¡fuera la seda! Vestid de nuevo las aceradas cotas, y hagamos ver á esos miserables que la sangre de Wamba corre por nuestras venas... ¡A las armas todos mis vasallos que puedan manejarlas! No descansemos hasta lanzar á esos traidores á los desiertos arenales que han abandonado para sorprendernos...!!

Pocos dias despues, D. Rodrigo á la cabeza de cien mil hombres dejaba á Toledo, su querida córte, á la que no volvería jamás, y se dirigió á la Andalucia, que el árabe devastaba.

Al lado del rey, iban los valerosos capitanes Pelayo y Teodomiro.

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Poesías.

UN ENSUEÑO DE AMOR.

Un tiempo el alma mia
De entusiasmo llenaba,
Del arroyo la plácida armonía,
Que en su lecho de flores murmuraba.

Mas esta edad pasó y otras pasiones
Con otra edad vinieron,
Cambió mi ser y nuevas ilusiones
Mi jóven existir embellecieron.

Y es que el alma sentia
Desconocido afan al par que ardiente,
Llenando mi entusiasta fantasía
De cuanto bello imaginó la mente.

Soñaba en el amor, y presuroso
Pretendia cantar; mas no encontraba
Un ser que respondiese cariñoso
Al amor que mi pecho atesoraba.

Mil mugeres radiantes de hermosura
Via cruzar en raudo torbellino;
Mas entre ellas no ví la imájen pura
Del ángel de mis sueños peregrino.

Al fin dulce consuelo
Sintió mi corazon enamorado,
Al ver brillar tu faz, como en el Cielo
El disco de la luna nacarado.

Si con tu amor pagases mi ternura
Vieras en mí brotar estro divino,
Porque contemplo en tí la *imájen pura*
Del ángel de mis sueños peregrino.

Entónces la luz del sol
Para mi mas refulgente
brillaría,
Cuando en fúlgido arrebol
Bañase tu pura frente,
Prenda mia.

Y adorára las estrellas
En esas noches tranquilas,
Estivales,
Al ver un trasunto en ellas
Del fuego de tus pupilas
Virginales.

El aroma de las flores
Emociones mas felices
Me brindára;
Porque en sus bellos colores,
Viera los frescos matices
De tu cara.